

GRAGEAS HISTORIOGRÁFICAS

Gustavo Ernesto Demarchi

- • *Noble “chivo expiatorio” para patriciado “con cola de paja” (1807)*

La *opinión pública* es una extendida forma de expresión del sentir popular que, por lo general, proviene de un conglomerado social de contornos cambiantes y vagos, mientras que sus manifestaciones suelen ser espontáneas e impredecibles. Sin embargo, bajo determinadas condiciones funciona inducida por sectores influyentes, interesados en obtener determinado resultado. Así, orientada del modo más adecuado, la *opinión pública* sirve para dirimir *internas* corporativas cuyo entramado oculta tortuosas intenciones que el común de la gente ignora. En ocasiones, fracciones enfrentadas de la elite dirigente capitalizan en provecho propio la circulación masiva de “datos” y “opiniones” que el público, de buena fe, difunde de boca en boca.

Los historiadores, que han investigado nuestro pasado, coinciden en reconocer que las *Invasiones Inglesas* abrieron en Sudamérica las compuertas al deseo colectivo de romper con las ataduras coloniales. Allí germinó el ímpetu independentista que habría de plasmarse, pocos años después, en la Revolución de Mayo. Rara vez se menciona, sin embargo, que fue durante aquel suceso de armas cuando se exteriorizó, por primera vez, en la incipiente nación, lo que hoy definimos como *opinión pública*.

Esto ocurrió entre 1806 y 1807, cuando el Virreinato del Río de la Plata se encontraba bajo la férula del marqués Rafael de Sobremonte. De genuina prosapia nobiliaria, era un funcionario de carrera al servicio de la Corona española y antes de asumir el cargo de virrey, con asiento en Buenos Aires, había revistado como gobernador de Córdoba y Montevideo. El aristócrata español se venía destacando por ejercer una administración eficiente (según las pautas burocráticas vigentes en la época), y por realizar importantes obras públicas en beneficio de los súbditos americanos que apreciaban su desempeño. Entre los emprendimientos más relevantes se destacaron la construcción de infraestructura hidráulica y de riego para Mendoza, así como el canal fluvial y el puerto de San Fernando, en el delta del río Paraná. No obstante su exitoso y prolijo desempeño, vastamente reconocido, Sobremonte culminaría su estancia en el Nuevo Continente de manera abrupta: cuestionado, vilipendiado, depuesto, detenido y, finalmente, desterrado.

Su desventura personal comenzó el 25 de junio de 1806, al producirse el desembarco de tropas británicas con el fin de tomar la capital del virreinato. El virrey, impotente de repeler la agresión armada, optó por desplazarse hacia el interior del país para obtener refuerzos militares que le permitieran enfrentar a los invasores. Esta decisión, a pesar de su motivación táctica, instaló de inmediato, entre la población

de Buenos Aires, el convencimiento de su “cobarde y rauda huida” del escenario conflictivo. El equívoco, de generalizada aceptación hasta nuestros días, habría de desprestigiarlo de modo irremediable para siempre. Si bien es cierto que la actitud del virrey, abandonando de manera intempestiva la ciudad y dejándola a merced de los intrusos, ofrece claroscuros que podrían alimentar la sospecha de una defección de su parte, también es cierto que, repasando la trama de lo ocurrido en aquellos días cruciales, se comprueba que la cuestión fue más compleja de lo que la *historia oficial* gusta relatar. Veamos qué ocurrió en realidad.

Sobremonte, mucho antes de concretarse la incursión naval inglesa, había bregado por obtener de la metrópolis española ayuda efectiva para la defensa del Virreinato, dado que existían sospechas de que se preparaba una operación militar en su contra. Las autoridades centrales informaron al virrey que, habida cuenta de la grave situación de guerra existente en el Viejo Continente, no esperara de la Península ninguna asistencia, y que debía valerse de medios locales para repeler cualquier ataque. De todos modos, los informes provenientes de España, si bien reconocían la existencia de rumores sobre hipotéticos aprestos bélicos, evaluaban como mínimo –incluso, improbable– el riesgo de que ocurriera un ataque foráneo a posesiones españolas de ultramar. En términos de geopolítica internacional, se consideraba que no existían condiciones adecuadas para que Gran Bretaña se involucrara en una aventura militar de tal magnitud en una región considerada de interés estratégico secundario.

Cuando las naves inglesas ya se encontraban navegando por el Río de la Plata rumbo a su objetivo, don Rafael de Sobremonte comprendió que el pronóstico podría estar equivocado, aunque ya era tarde. Algo sorprendido sólo atinó a formar un desparejo y reducido batallón defensivo para intentar contener al enemigo, el cual puso al mando del brigadier Arcos. Los soldados, convocados para cumplir la misión, en realidad conformaban un improvisado contingente de muchachos indisciplinados y carentes de instrucción que emprendió la huida en bochomosa estampida apenas los rubios y marciales marinos dejaron la cubierta de sus barcos, pisaron suelo patrio y efectuaron los primeros disparos intimidatorios. Arcos, dicho sea de paso, habría de pasar a la historia, no por su idoneidad militar, sino por el memorable grito que espetó a sus subalternos - “¡vuelvan cagones!”- cuando éstos se dispersaban en desordenado desbande.

Quedando la ciudad a merced del enemigo, Sobremonte no tuvo otra alternativa que “poner pies en polvorosa” dirigiéndose a la campiña bonaerense primero, y a la intendencia de Córdoba después tras el objetivo de organizar una fuerza militar más grande y mejor pertrechada. Era de su responsabilidad directa, además, la no menos importante misión de preservar las exultantes arcas del Tesoro Público de la avidez de los invasores británicos. Por ello, junto con la familia, el personal de servicio y la custodia de rigor, en el improvisado convoy también se trasladaron varios baúles conteniendo lingotes y monedas de oro y plata, insignias reales y piedras preciosas, documentos oficiales y comerciales, todo lo cual constituía las reservas fiscales del Virreinato. Hasta aquí la historia es bastante conocida.

Lo que habitualmente se omite referir acerca de este incidente inaugural de la historia argentina es que las tropas de ocupación, encabezadas por Lord Home Riggs Pophan y el Almirante William Carr Beresford, fueron muy bien recibidas por las *fuerzas vivas* porteñas. Vencida la lógica susceptibilidad inicial, los integrantes

de la burguesía local y el funcionariado público, incluidos los dignatarios del clero, se esmeraron en brindar una cálida recepción a los invasores. La mayoría de ellos, sin demasiados remilgos, se apresuraron en jurar fidelidad a las nuevas autoridades a poco de que éstas se acantonaran en el Fuerte ocupando las diferentes dependencias oficiales. Fue así que los representantes del comercio (en realidad, contrabandistas duchos en esquivar el monopolio español vigente), los miembros de la Audiencia, el Cabildo y demás reparticiones oficiales, junto a los máximos referentes de las diferentes actividades ciudadanas, se apresuraron en dar muestras de adhesión a los nuevos gobernantes, comprometiendo obediencia al monarca radicado en Londres. Algunos llegaron al extremo de cambiar de religión: de piadosos católicos mutaron en circunspectos anglicanos; mientras que otros, interesados en agradar a los nuevos mandamases, intentaron aprender a hablar inglés en algún *cursito* acelerado de los que -como es obvio imaginar- no se impartían en la bucólica aldea colonial.

Pero una “nube de tormenta” amenazaba con deteriorar la buena relación entablada entre *gentlemen* invasores e *hidalgos* invadidos. En efecto, por orden del alto mando inglés, los caudales públicos, que Sobremonte había conseguido sacar de Buenos Aires, debían ser regresados de inmediato a su lugar de origen y entregados al almirante Beresford. De lo contrario, los ingleses se verían obligados a apropiarse de bienes, dinero y joyas de la clase alta porteña, la que, hasta ese momento, resultara tan amable anfitriona y tan dispuesta a colaborar. El argumento era irrefutable: no habían viajado miles de kilómetros cruzando la mar atlántica nada más que para conocer la Recova y el Paseo del Retiro, por cierto, lugares muy bonitos. Una campaña naval de esa envergadura insume ingentes gastos, los cuales deben ser repuestos con la requisa de fondos públicos o, de lo contrario, con el saqueo inmisericorde de patrimonios privados. Planteadas así las cosas y en aras de calmar la impaciencia británica, se formó una comisión de notables con el encargo de dar alcance a la caravana virreinal y recuperar el preciado bagaje; misión que fue ejecutada con gran diligencia, pues todos estaban temerosos de ser víctimas de desagradables y enojosas expropiaciones.

Mientras tanto, el avío virreinal se desplazaba a velocidad de birlocho hacia el norte del país. Cuando la comitiva le dio alcance a la altura de San Nicolás, conminó a Sobremonte para que restituyera la preciada carga de doblones y joyas. De regreso a Buenos Aires, los caballeros porteños procedieron a entregarla al poder foráneo. Los miembros del flamante gobierno, una vez satisfecha su aspiración crematística más imperiosa, volvieron a participar de los ágapes y tertulias que en su honor se organizaban a diario. Las damas y señores del patriciado, repuestos del susto que había causado la orden de requisa, retomaron los agasajos y lisonjas dispensados a los invasores, soñando con el pronto ingreso al “primer mundo”, del cual los visitantes ultramarinos eran reputados como cabales embajadores.

El pobre Sobremonte, en cambio, sin dinero para reclutar el ejército que debía ocuparse de recuperar Buenos Aires, se demoró en Córdoba realizando inútiles gestiones al efecto. En el ínterin, un selecto núcleo de conspiradores locales cruzaba el Río de la Plata rumbo a Montevideo con similar propósito pero con mejor suerte. Fue Santiago de Liniers, noble de origen francés, quien protagonizó junto a Martín de Álzaga, activo comerciante vasco y alcalde de primer voto del Cabildo porteño, la *Reconquista* de Buenos Aires que habría de acabar con la ominosa ocupación extranjera.

La oficialidad británica, obligada a capitular luego de librar duros enfrentamientos que dejaron un tendal de víctimas entre uniformados y gente común fue, no obstante el encono de la lucha, tratada con deferencia por los vencedores locales. Incluso, una vez impuesto el cese del fuego y restituida la ciudad a la normalidad, hubo quienes colaboraron con el "enemigo" derrotado facilitando su huida y posterior reembarco en la flota anclada en aguas del Río de la Plata. Por caso, el almirante Beresford fue sacado de la prisión por los hermanos Rodríguez Peña y Juan José Castelli, quienes confiaban en la ayuda inglesa para lograr la independencia y actuaban secretamente al servicio de la logia comandada por Francisco Miranda quien, desde Londres, había propiciado la frustrada invasión. Otros patriotas, como Juan Martín de Pueyrredón, en aquellas horas, oscilaron de buena fe entre repeler a los invasores armas en mano o recibirlos como libertadores. Liniers y Álzaga, en cambio, fueron los auténticos gestores de la Reconquista y su accionar, tanto político como militar, permitió la derrota del adversario foráneo, su expulsión del Fuerte y la restitución del poder a las autoridades legales. Paradójicamente, unos pocos años después, durante la Revolución de Mayo, ambos héroes fueron ejecutados sin miramientos por defender "a capa y espada" la continuidad del dominio español sobre el territorio americano.

Salvo los casos puntuales de aquellos que, siendo de una u otra facción política, equivocados o no militaban en aras de un ideal y actuaban en consecuencia, la mayoría de los integrantes del patriciado doméstico se comportó con mentalidad acomodaticia y oportunista. Habían pasado, con presteza no exenta de frivolidad, de ser sumisos y consecuentes súbditos españoles a considerarse miembros plenos del Imperio Británico y, "en menos de lo que canta un gallo", virando según la suerte de las armas (y, también, espantados por el rumor de que los ingleses abolirían la esclavitud), de nuevo habían vuelto al redil de los *devotos* incondicionales del régimen ibérico.

Es decir, que las *fuerzas vivas* tuvieron una actuación contradictoria y poco decorosa durante dichas jornadas históricas. Además, era evidente la actitud mezquina que significó la presión ejercida para obligar a Sobremonte a entregar el tesoro público que aquél había puesto a buen resguardo. Por ello, de vuelta a la normalidad virreinal, debían disimular el "desliz antipatriótico" cometido y procurar que fuera desapercibida la traición propinada a la ciudad, a sus legítimas autoridades y a los valores y símbolos hispánicos, de fuerte vigencia en una comarca aislada del resto del mundo como era, por entonces, Buenos Aires.

Por el contrario, el pueblo llano que habitaba los arrabales porteños, envalentonado con la victoria rotunda conseguida sobre las tropas extranjeras y movilizado luego de la exitosa lucha protagonizada en las calles -cascotes y aceite hirviendo incluidos- quería ver "rodar las cabezas" de los supuestos traidores y demás cómplices que facilitaron el accionar del enemigo o que, en todo caso, no habían hecho lo suficiente para combatirlo sin cuartel. Ante tan duro cuestionamiento popular, que podía desembocar en peligrosas represalias, los representantes más conspicuos de la élite social encontraron en la persona del virrey "fugado" el chivo expiatorio a quien endilgar su reprochable conducta colectiva. Por eso, ansiosos de lavar sus propios pecados, los señores cabildantes y consulares, apenas el virrey Sobremonte regresó a la ciudad liberada, lo destituyeron acusándolo de "incumplimiento de los deberes de funcionario público". Este recurso sirvió, en

primer lugar, para calmar a las *feras*; esto es, al populacho enardecido sediento de venganza.

Por añadidura, el destronamiento del virrey terminó con ciertas rispideces entre el delegado real y diversos sectores de las instituciones principales de la ciudad. Estas tensiones provenían, al parecer, del celo puesto por el virrey en la rectitud con la que debían atenderse los asuntos y negocios oficiales, transparencia que afectaba a determinados intereses corporativos. Por ello, la relación entre Sobremonte, el Cabildo, el Consulado y el Clero había sido conflictiva desde el día en que el noble español asumió el virreinato del Río de la Plata. Las invasiones inglesas resultaron, entonces, una buena oportunidad para dirimir estas cuestiones y sacarse de encima al funcionario conflictivo. Ocultados que fueron estos avatares *internos* a la gente común, ésta descargó su ira sobre el virrey, recuperando la calma cuando el infortunado fue acusado de alta traición y apartado de su magna función.

Así fue como el digno marqués de Sobremonte fue sometido al escarnio público, destituido, encarcelado y embarcado rumbo a España para ser amonestado, juzgado y condenado. La opinión pública porteña quedó satisfecha con el escarmiento aplicado a quien consideraban que los había traicionado de modo vil. Por cierto que desconocían la trama secreta pergeñada por unos pocos para instalar la “demonización” del virrey entre los pobladores de la ciudad. Allende el Atlántico, en cambio, hicieron una lectura diferente de la conducta de don Rafael de Sobremonte y, cuando éste llegó a España, lo absolvieron de todos los cargos que se le imputaban; incluso lo premiaron con un importante ascenso que le agregó prestigio y rango dentro de la jerarquía española.

La clase dirigente local, el patriciado de Buenos Aires, relevada de toda sospecha de confraternizar con el invasor, volvió a sus negocios habituales; entre otros, la trata de esclavos y el contrabando. Había logrado superar el mal momento eludiendo la furia popular; se había sacado de encima a un personaje molesto y, sin prisa pero sin pausa, se preparaba para el acontecimiento revolucionario que, conjuntamente con la ayuda que habría de facilitarle la diplomacia inglesa, protagonizaría poco tiempo después en mayo de 1810.

GRAGEAS HISTORIOGRÁFICAS

Hechos Extravagantes y Falacias de la Historia

Año II – N° 1

Elaboradas por *Gustavo Ernesto Demarchi*, contando con el asesoramiento literario de *Graciela Ernesta Krapacher*, mientras que la investigación histórica fue desarrollada en base a la siguiente bibliografía consultada:

- • Beruti, Juan Manuel: “*Memorias curiosas*”; Emecé, Bs.As., 2001
- • Busaniche, José Luis: “*Historia Argentina*”; Solar, Bs.As., 1884.
- • De Nevaes, Guillermo: “*Cómo se desintegró el Virreinato del Río de la Plata*”; Plus Ultra, Bs.As., 1987.
- • Ferns, H. S.: “*Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*”; Hachette, Bs.As., 1966.

- • Halperín Donghi, Tulio: *"De la revolución de independencia a la confederación rosista"*; Paidós; Bs. As., 1972. *"Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino"*; Ed. de Belgrano, Bs.As., 1982.
- • Hume, Martín: *"España: grandeza y decadencia"*, Alderabán, Madrid, 1999.
- • López, Vicente Fidel: *"La gran semana de mayo"*, Eudeba, Bs.As., 1960.
- • Luna, Félix, Aguirre, Gisela, Arguindeguy, Diego, Cabot, Beatriz y otros: *"Bernardino Rivadavia"*, *"Cornelio Saavedra"*, *"Juan Martín de Pueyrredón"*, *"Santiago de Liniers"*; Planeta, Bs.As. 1993.
- • Lynch, John: *"Las revoluciones hispanoamericanas"*; Αριελ, Βαρχελονα, 2001
- • Orsi, René: *"Historia de la disgregación rioplatense"*, Peña Lillo editor, Bs. As., 1969.
